

cía víveres, custodiada solo por nueve insurgentes, la atacó habiendo tomado dos prisioneros heridos y puéstola en fuga.

A principios de Enero de 1814, habiendo sabido Santa-Anna que en la ranchería de la *Columba* desembarcaban tropas realistas, las sorprendió obligándolas á reembarcarse en desórden dejando en el campo varios muertos.

El 19 del mismo mes atacaron los insurgentes la falúa *Toluqueña*, mandada por el patrón José Faustino Ortiz y aunque quiso sostener la lucha, fué puesta á la media hora de fuego, en precipitada fuga.

El 16 de Abril de aquel año, tuvo lugar la sangrienta batalla de Tuxcueca. Teniendo Bocalán noticia por la mañana de ese día, de que los insurgentes habian atacado y tomado el pueblo de Ajijic y que se dirigían en sus canoas, hácia el pueblo de San Luis, que está situado en la costa de enfrente, partió al punto á la isla de Chapala en donde sólo encontró el cadáver de su compañero de armas D. Pedro Carranza, que había sido aprehendido en un encuentro tenido á fines de Marzo, y en el que los realistas fueron derrotados. De aquel punto partió para Tuxcueca, con objeto de cortarles la retirada para la isla, con las falúas *Poblana* y *Toluqueña* al mando de D. Marcelo Eroqüer, (ó Croquer como se le llamaba vulgarmente) la de *San Miguel* al de

D. Julian Arizmendi, la lancha del *Bolero* al de D. Juan de Orellana y dos botes, todos con bastante tropa. Cerca de aquel lugar encontraron una sección de infantería por la orilla y veinte canoas que se dirigían sobre ellos á fin de obligarlos á acercarse á la playa para batirlos por tierra y agua. Bocalán hizo un movimiento, de modo que quedó fuera del alcance de los insurgentes de la orilla y solo se batió con las barcas durando el combate mas de tres horas. La falúa *Poblana* y la lancha *Bolero* abordaron una canoa, tomándola prisionera y quitándoles á sus tripulantes una pieza de artillería, que allí llevaban. Otras seis fueron sumergidas á cañonazos y las demás se volvieron á la ribera en donde unidos con los insurgentes que habian quedado allí, se hicieron fuertes y el jefe realista no se atrevió á atacarlos, porque dice en su parte: "Traté de sacarlos de la orilla, y al efecto me acerqué batiendo la playa y bosques de ella, hasta estar á tiro de piedra; pero me impidió echar marinería á tierra, el que bajaban por la loma á todo escape dos partidas de caballería de alguna consideración."

En esta acción que fué una de las muy pocas que ganaron los realistas, aunque no completaron el triunfo por temor de los que estaban en la orilla, murieron por ambas partes más de cien hombres, quedando las aguas y playas teñidas de sangre.

A los ocho días de aquel encuentro se verificó la

acción de *Palo Alto*, cerca de Tizapán, pues encontrándose en ese punto el piloto D. Antonio Román con la *Flotante*, la *Lancha grande* y la *Mexcala*, fué atacado á la madrugada por sesenta insurgentes con un cañón, al mando de Rosas. El combate duró todo el día y parte de la noche habiendo recibido entre tanto los asaltantes nuevos refuerzos, pero á las cinco de la tarde llegó el Comandante Bocalán que con las tres falúas, *Poblana*, *Toluqueña* y *San Miguel*, la lancha del *Bolero* y el bote de la *Princesa*, iba para Cojumatlán en busca del Teniente coronel Arango. Con ese considerable auxilio pudo ya retirarse Román, habiendo sufrido bastante la escuadra española.

Ya por aquel tiempo, las orillas de Chapala se habían convertido en el foco de la revolución gloriosa; por todas ellas se daban diariamente reñidas batallas, tanto por las huestes de los tres patriotas de Mexcala, como por otros caudillos beneméritos que ayudaron poderosamente al sostenimiento de aquella fortaleza. Además de los considerables destacamentos de los puertos de la laguna, numerosas fuerzas perseguían á los jefes insurgentes de los alrededores, distinguiéndose entre ellos Negrete por la Piedad, Quintanar por Jiquilpan, Vizcaino por Zacoalco, Brizuela por la hacienda de Santa-Anna, Basauri por Buenavista y otros muchos.

El día 1.º de Mayo se hallaban en la estancia

de los Corrales de la hacienda de Tizapan, los Tenientes Coroneles D. Manuel Arango y D. Juan Cuellar con cerca de ochocientos hombres y cuatro cañones, cuando fueron atacados por la brigada insurgente que mandaban D. José Trinidad Salgado, D. José María Vargas, el canónigo D. Lorenzo Velasco, y D. Gordiano Guzmán.

La acción la dirigió Salgado, quien haciendo una falsa retirada, atrajo al cerro á los defensores del rey y cargando sobre ellos con denuedo, logró en pocas horas obtener un completo triunfo. Hizo multitud de prisioneros entre quienes se contó el jefe Arango y otros oficiales, muchísimos muertos, entre ellos el Teniente Coronel Cuellar, el padre capellán y multitud de heridos; les quitó toda su artillería y muchas armas. Al concluir la batalla llegó el Dr. Cos que se había separado del Congreso porque fué nombrado Comandante de Guajuato y Michoacán, y por ser de este último Estado las fuerzas vencedoras se hizo cargo de su mando. Al punto dió orden para que fusilaran al Teniente Coronel Arango, que fué uno de los más implacables perseguidores y aprehensores del infatigable patriota D. José Antonio Torres. Por tan importante y honrosa batalla les fué concedida á los vencedores la insignia de una palma bordada en el brazo izquierdo por el caudillo independiente, benemérito D. José María Morelos.

Después de aquel completo triunfo, D. José María Vargas fué á visitar la heroica isla conduciendo un convoy de víveres, pues los valientes defensores de aquella fortaleza empezaban á sentir la escasez de provisiones, porque los realistas consumían las pocas de las orillas y vigilaban mucho los alrededores.

Por entónces fué el General Cruz de Guadalajara á Tlachichilco á hacer una visita al campamento llevando nuevos refuerzos con el fin de activar los trabajos del asedio; permaneció pocos días y empezó á construir un fuerte en aquel pueblo, el cual concluido poco tiempo después, consistía en un magnífico edificio con cuatro baluartes bien artillados, un ancho y profundo foso que circundaba el pueblo y un puente levadizo. De esa manera se prevenía cualquier asalto, estando de guarnición constante sólo en ese punto de mil ochocientos á dos mil hombres. Pocos años hace que aun se veían los restos de aquel baluarte, construido por orden de un jefe tan notable y cuya vivienda se hallaba adornada con cielos rasos, hechos de petate pintado de blanco.

Continuamente atacaban los insurgentes de la isla los pueblos de la orilla de la laguna, y hasta que iban en su auxilio los destacamentos vecinos, se embarcaban en sus canoas y se retiraban las más veces triunfantes á su peñón inexpugnable. El día

25 de Mayo de 1814 asaltó el intrépido Santa-Anna al pueblo de Jocotepec en donde dentro de murallas y cortaduras, se hallaba el Teniente Coronel D. José María Mangino con un importante destacamento. En treinta canoas y con dos cañones llegaron los asaltantes por la mañana, y como ya iban prevenidos con palas, barretas, azadones y otros instrumentos de zapa, al punto rompieron las cortaduras y abriendo brecha penetraron á la plaza no obstante el nutrido fuego de cañón y fusilería que sobre ellos hacían los defensores del rey. Desalojados los realistas de todos los puntos se replegaron á la iglesia, donde fueron atacados también. El Cura D. Pablo Márquez que se hallaba en la torre, recibió un balazo al saltar á una bóveda á confesar á un herido, muriendo á la madrugada del día siguiente. Quemaron el cuartel, destruyeron la muralla de la plaza y taparon las cortaduras, llevándose toda la remonta y muchas armas. Permanecieron los insurgentes en el pueblo hasta en la noche, que por saber que venía un destacamento, se retiraron á la *Cruz de Piedra*, distante sólo algunas varas, de la orilla, desde donde cañonearon al pueblo toda la noche. A no ser por el respeto que á la iglesia tuvieron donde se habían refugiado sus enemigos, hubieran acabado con ellos; sin embargo les hicieron setenta y tantos muertos y muchos heridos. De allí se llevaron como trofeo de su victo-

ria un crucifijo que los habitantes se habían traído de Cojumatlán donde era muy venerado por ellos y al que llamaban *el Señor del Camichin*.

Santa-Anna se retiró de la *Cruz de Piedra* el día 26 por la mañana llegando en la noche á Chapala, donde había sesenta dragones que abandonaron al punto el pueblo por lo que los perseguió logrando darles alcance.

El 19 de Julio, sabiendo el Comandante militar de Rosa Morada, D. José Escobar, que entre Chapala y Cuyutlán llevaban los isleños un ganado, salió á perseguirlos y habiéndolos alcanzado en el salto del arroyo de Santa Fé, los batió y aunque les quitó algunas reses se volvió inmediatamente, siguiendo los insurgentes con el resto del ganado, que lograron introducir á la isla.

Todo el año continuaron los insurgentes haciendo sus escursiones á los puertos del lago las más veces con muy buen resultado; pero ya el hambre se hacía sentir en aquella posición, que gracias al valor de los que la defendían, había llegado á ser el último baluarte de los independientes de Jalisco.

La gloriosa revolución de independencia, que trataron de ahogar en sangre los Virreyes Venegas y Calleja, había recibido hasta entónces fuertes golpes que hacían presumir el restablecimiento de la monarquía española á sus adictos, aunque sin considerar que el espíritu público habría de hacerlo

imposible. El Virrey Calleja en su manifiesto de 22 de Junio de 1814 pudo decir que ya casi había acabado la revolución, supuesto que habían tomado los ejércitos reales todas las posiciones de los insurgentes "*sin que en todo el reino conservasen los enemigos otro punto militar que el de la laguna de Chapala que no tardaría en ser su sepulcro.*"

No obstante esa situación bonancible, que permitía al gobierno fijar toda su atención en aquel punto, los independientes de Mexcala dirigidos por el valiente Castellanos, se manifestaban dignos de su causa y seguían obstinados, porque tenían una convicción profunda de la justicia que les asistía.

Frecuentemente se verificaban encuentros insignificantes entre pequeñas partidas de ambos combatientes, á los que, sin embargo, se pretendía darles la importancia de formales batallas, rindiendo pomposos partes al General Cruz, que no por eso dejaba de comprender de lo que se trataba. El 12 de Noviembre de 1814, D. Manuel Murga participaba con satisfacción que había sostenido un combate naval con tres buques contra once canoas, de que resultó únicamente según el contesto, que una canoa "*llevara su rociada de munición,*" al cual contestó el Mariscál "*quedar enterado de la pequeña acción.*"

Otras veces se mostraba más esplicito y así al contestar á D. José M. Basauri el parte que le

diera desde la hacienda de Potrerillo el 10 del mismo Noviembre, de la derrota que había causado en el cerro del Tecuane á sesenta indios, le decía lo siguiente que bien pudiera haberse aplicado á otras muchas acciones de aquel periodo de la guerra: “¿Qué le parece á Vm.?—La relación parece de una batalla y al fin salimos con que se han dispersado completamente y que nos darán que hacer en pequeños Pelotones, supuesto que no se les continuó persiguiendo hasta su exterminio.”

A los pocos días emprendió el Presidente de la Provincia nuevo viaje al cuartel general de Tlachichilco, y deseando un arreglo pacífico, por segunda vez excitó á los indígenas á deponer las armas, según la exhortación que les hizo el Comandante Delgado con fecha 16 de Noviembre del año citado y la cual, sin producir resultado, decía á la letra:

“Ayer llegó mi General á este campo y de su orden y con su aprobación os escribo para ofrecer os un perdon general de bolveros vuestros Pueblos; vuestras tierras y cuanto antes teniais, como tambien se os mudarán las casas que teniais en la Isla con todos vuestros animalitos, en la seguridad de que no se ha de hablar ya mas de quanto há pasado. En prueba de ello y para que oygais vosotros mismos de la boca de mi General lo que os ofrezco podeis nombrar dos hombres de vuestra confianza que como Embajadores vengán á este

Campo, acompañados de la Maria Guadalupe, que os lleva este papel.

Ya sabeis lo que há pasado á Morelos y á Vargas, y mi General desea daros la prueba mayor de su generosidad, para que conozcais que las tropas del Rey nuestro Señor D. Fernando Septimo, usan de mas generosidad, quando nada tienen que se les oponga.

Ya veis las Lanchas que se han aumentado estos dias, y ya vereis las que hirán todos los dias aumentandose.

Sé las muchas necesidades que padeceis y todo quanto os pasa, y nada se desea mas que vuestro bien.

En prueba de lo que os ofrezco, no harán fuego las Lanchas aun que os acerqueis mientras dura el Parlamento, y lo mismo deveis hacer vosotros hasta que vengán vuestros Embajadores á hablar con mi General á este Campo, á los quales se les bolverá con seguridad.

Dios os guarde y os ilumine para que acaben vuestros trabajos que es lo que se os desea.

Todo quanto ofrece el Comandante de la tercera division D. Juan Delgado es con mi aprobación.—  
*J. C.*”

En principios de Enero de 1815 fué relevado el Comandante D. José Navarro nombrando en su lugar á D. Gaspar de Maguna.

En esos días salió Santa-Anna con sus valientes soldados para Ocotlán en donde sabía que se encontraba un gran depósito de maíz. Ya en ese tiempo estaba el pueblo defendido por dos cortaduras; pero el infatigable caudillo logró vencer la resistencia de sus enemigos y sacar gran cantidad de aquel cereal, haciendo al enemigo treinta muertos en el ataque.

En el mismo año tuvo lugar una acción naval que prueba el valor y astucia de los insurgentes. Salieron de la isla todas las canoas para proveerse de leña, llevando sólo unos cuantos fusiles y siendo á la vuelta atacadas por las catorce embarcaciones de la escuadrilla española. Santa-Anna hizo un movimiento estratégico con tres canoas solamente, en las que iban los únicos que llevaban armas, les llamó la atención y los estuvo tiroteado mientras que las demás naves á toda prisa se marcharon á la isla y volvieron prontamente con artillería, fusiles y parque. Ya entónces se formalizó el combate y se batieron todo el día y parte de la noche, hasta que se retiró la escuadra, ignorándose los daños que sufriría. Los insurgentes sólo tuvieron dos canoas volcadas.

Otra vez volvieron á atacar á Ocotlán pero sin éxito, pues aunque lograron penetrar hasta la plaza, no pudieron tomar ningunas provisiones y al retirarse fueron sorprendidos y derrotados en San Agustín.

Llegó el año de 1816 y aquellos valientes todavía sostenían sus posiciones, sin que los realistas nada hubieran aventajado. En ese año el gobierno de la Provincia fijó toda su atención en aquella campaña y puso más de ocho mil hombres sobre las armas para estrechar el bloqueo, nombrando Comandante de la armada al distinguido marino D. José Narvaez.

La peste se desarrolló en los desventurados patriotas, y ayudada poderosamente por el hambre que se hacía sentir en su mayor fuerza, era para ellos más terrible enemigo que los numerosos defensores de Fernando VII.

Como desde el principio de aquel año el bloqueo fue mucho más riguroso que en los anteriores, las salidas de los insurgentes se hicieron más escasas; sin embargo no permanecieron aquellos héroes en inacción.

El Capitán D. José Vallano, segundo de la división de Quintanar, venía con numerosas tropas en el cerro del *Divisadero*, el 17 de Agosto, cuando fué encontrado por el denodado Santa-Anna, quien unido con el insurgente Chávez, cargando sobre aquel toda su tropa, después de un prolongado combate lo derrotó completamente, muriendo Vallano en la acción. El jefe vencedor con una grande imprevisión se volvió á la isla á darle parte del triunfo á Castellanos, dejando en el campo de ba-

talla á sus soldados; pero al dia siguiente los sorprendió el Coronel Correa y los derrotó completamente de tal suerte que cuando el caudillo volvió encontró á los indios dispersos y apenas pudo reunir á algunos y retirarse.

La falúa llamada *Teresa* se había distinguido por la persecución que hacía á las canoas y por los insultos que su tripulación prodigaba á los independientes; por cuyos motivos el padre Castellanos dió orden á Santa-Anna de que la hostilizara sin descanso. Este jefe con diez canoas y favorecido por la noche, llegó á un punto cercano á Tlachichilco, donde se hallaba la falúa y saltando al abordage, mataron á lanzadas á los que allí estaban y se llevaron la *Teresa* con cinco heridos. Advertida la escuadra de lo que pasaba, al punto marchó en persecución de los asaltantes; pero en vano porque se habían ya puesto fuera del alcance de sus tiros.

El General Cruz que había ido en Octubre á Tlachichilco, ofreció repetidas veces á los insurgentes el indulto; pero ellos no lo aceptaron. En el mes de Noviembre renovó sus instancias y mandó á un presidiario de la tripulación (pues los marineros eran todos presidiarios) á ofrecerlo de nuevo; pero habiendo contestado negativamente, se volvió el emisario acompañado de Santa-Anna. Este, viendo que la epidemia y el hambre hacían ya insostenible la isla, le preguntó á aquel qué le ha-

ría Cruz si le hablaba, á lo que le contestó que nada, sino que al contrario, sería bien tratado, pues el general español tenía deseos de conocerle y hablarle. Entónces el insurgente le propuso que le consiguiera una entrevista con aquel jefe á lo cual accedió gustoso el enviado ofreciéndole que al día siguiente iría una embarcación á la isla para conducirlo con Cruz. Viendo Santa-Anna que á la hora convenida un bote sin tropa se dirigía á la isla, conoció que era el ofrecido por el enviado y entónces dijo á sus compañeros de heroísmo, que tenía precisión de tratar con el enemigo, para ver qué clase de seguridades se les daba, pues ya no podían permanecer más tiempo en aquella posición, por el hambre y la peste.

El caudillo de Mexcala fué muy bien recibido por el Presidente de Nueva Galicia que era un hombre caballeroso y de finos modales, quien le ofreció que si se sometían, les entregaría todos sus pueblos que hubieran sido destruidos é incendiados reedificados, y además les administrarían gratuitamente los Sacramentos.

Volvió Santa-Anna á la isla, y temeroso de manifestar las proposiciones hechas á los valientes y sufridos soldados, sólo lo hizo con el Padre Castellanos, quien conociendo que se podría tal vez aumentar las ventajas de la capitulación, el día 25 de Noviembre á la madrugada, salió para el cuartel

general de Tlachichilco acompañado de Santa-Anna y de un soldado.

El Mariscal español dió muestras de distinción á los valientes parlamentarios, y después de una muy larga conferencia, celebraron esa misma mañana unos tratados muy honrosos y ventajosos para los activos é infatigables indios.

Obligóse aquel dignatario á no perseguir á los defensores de la isla; á entregarles todos sus pueblos reedificados; á que se les administraran sin estipendio alguno, los sacramentos; á exceptuarlos á todos del *tributo*; á entregarles tierras, bueyes y semillas para que tuvieran modo de subsistir sin necesidades; á nombrar gobernador de la isla á José Santa-Anna y á tratar á todos los comprendidos en aquellos arreglos, con toda clase de consideraciones.

Tal capitulación fué firmada por el Presbítero D. Márcos Castellanos y por el General D. José de la Cruz el día 25 de Noviembre de 1816.

Quedóse aquel en Tlachichilco y éste con soldados españoles, y guiado por Santa-Anna se dirigió al punto para la isla. Viendo los insurgentes á su jefe, no hostilizaron á sus enemigos y habiéndoles manifestado aquel caudillo lo pactado, se le dió posesión al gobernante realista de aquel insignificante territorio, donde sin embargo se estrelló su pericia militar.

Los denodados defensores de aquel peñón vieron con suma tristeza acto semejante pudiendo sólo conformarlos la consideración de la miseria en que se hallaban. Más bien parecían cadáveres que valientes soldados: la hambre los había reducido á aquel estado miserable: habían consumido ya todas las provisiones, habíanse agotado cuanto ratón, lagarto y sabandija contaba la isla, y devoraban aquellos desgraciados patriotas hasta las correas de sus humildes arneses. Era tal el hambre, que muchos murieron de ella y los que se rindieron estaban en tal estado de estenuación, que al punto y á toda prisa, les mandó el General Cruz *tres mil* cargas de maíz.

Se rindieron menos de ochocientos hombres con diez y siete cañones, diez cargas de parque y algunas armas.

La obstinada defensa de la isla de Mexcala, es digna del valeroso esfuerzo con que Cuauhtemoc sostuvo la capital de su imperio contra la pujanza de los bravos de Hernan Cortés. El sitio de Tenoxtitlán sostenido por setenta y cinco dias, hasta quedar reducida la ciudad á un monton de ruinas y cadáveres, fué la protesta más significativa con que sucumbía el derecho ante la fuerza, y la mas palmaria muestra de la virilidad y energía de una raza, que la ignorancia y la codicia se adunaban para desprestigiar. La campaña sostenida por los



habitantes de las riberas de Chapala, es una prueba de que el derecho no sucumbe, y de que la conciencia de la justicia y del deber inspiran siempre las grandes acciones.

Al mencionar tales hazañas, viene á nuestra memoria el recuerdo de otros tristes días en que el Gobierno nacional dejó hollar por las tropas norteamericanas nuestra capital, sin defenderla; y entónces comprendemos toda la importancia de aquellos hechos y todo lo que vale una raza que dejó el poder sellando su dominación en México con sacrificios y combates homéricos en 1521, para sacudir el marasmo de tres siglos de abandono y envilecimiento, con nuevos hechos gloriosos que demuestran que á pesar de sus infortunios no había degenerado en cuanto al sentimiento de amor patrio!

El General Cruz al punto dió al Virrey el siguiente parte, que se recibió en México el 8 de Diciembre:

“Excelentísimo señor.—Tengo la satisfacción de manifestar á V. E. que hace una hora que he tomado posesión de las islas grande y chica de Mescala, quedando en mi poder toda la artillería, municiones y armas que tenían sus defensores. Las piezas de artillería son 17 y de todo los demás, no puedo dar á V. E. noticia, pero lo ejecutaré luego que me lo permitan las ocupaciones indispensables que ahora tengo.

Con fecha de 5 del corriente al manifestar á V. E. que desde el día 8 del mes próximo pasado me hallaba en el campo de Tlachichilco con el fin de estrechar el bloqueo y atacar este peñasco casi inaccesible, indiqué á V. E. que por el celo y actividad de todos los gefes y oficiales que mandan las divisiones destinadas al bloqueo por tierra de las islas se hallaban los indios reducidos á la mayor necesidad; pero viendo que su contumacia y tezon no cedía, hice venir el número de infantería que necesitaba, y todo estaba ya preparado, previo los reconocimientos prolijos y exactos, de que también hice á V. E. indicación, para atacar el día de hoy dicho interesante puesto. Antes de verificarlo les intimé el 23 del corriente; y el resultado ha sido entregarse poniendo á mi disposición cuanto contenían las islas, de que me he apoderado al momento.

Los inexplicables trabajos que han experimentado todos los señores gefes, oficiales, tropa, maestranza y marinería, en el largo tiempo que han estado en esta Gran Laguna empleados en los buques y este campo, son dignos de la más alta consideración de V. E. para que les proporcione el premio á que los considere muy dignos, y para cuyo efecto pasaré á las superiores manos de V. E. relación circunstanciada de todos aquellos que han tenido mayor ocasión de distinguirse, y que se han distinguido efectivamente.

Dios guarde á V. E. muchos años.—Isla grande de Mescela, 25 de Noviembre de 1816.—A las tres de la tarde.

*Excelentísimo señor.*—*José de la Cruz.*—Excelentísimo señor virey D. Juan Ruiz de Apodaca.”

En Guadalajara se publicó un impreso que decía: “Aviso al público.—El Excelentísimo señor comandante de este ejército y Provincia D. José de la Cruz en oficio de ayer, que recibí á las diez y media de la noche me dice lo siguiente:

“*Tengo la satisfacción de avisar á V. S. que á esta hora que son las dos de la tarde, he tomado posesion de las Islas grande y chica de Mescala, quedando en mi poder la artillería, armas y municiones.*” Cuya plausible noticia comunico á los habitantes de esta fidelísima ciudad y la de todos los de este Reino, para su satisfaccion. Guadalajara, 26 de Noviembre de 1816.—*Manuel Pastor.*”

Grande fué el entusiasmo que en los adictos á Fernando VII produjo tal noticia. De Guadalajara salió luego el Sr. Obispo Cabañas para Tlachi-chilco; todas las corporaciones eclesiásticas enviaron comisiones para que felicitaran al General Cruz, y numerosísimas personas á pié y á caballo dejaron luego la capital para ir á visitar la isla, que por más de cuatro años se había sostenido siendo objeto de su curiosidad, cual lo fué Tenedos para los troyanos:

*Panduntur portæ; jurat ire et Dorica castra,  
Desertosque videre locos, litusque relictum.  
Hic Dolopum manus, hic sævus tendebat Achilles;  
Classibus hic locus, hic acie certare solebant.*

Al benemérito Castellanos le aplicaron algunas capellanías y por de pronto lo colmaron de merecidos honores, al valiente Santa-Anna le dieron el grado de teniente coronel y lo nombraron gobernador de la isla, en donde luego se estableció un presidio, y solo del heroico Encarnación Rosas no se volvió á tener noticia, quizá por haber muerto en uno de los innumerables encuentros ó víctima de la peste ó del hambre.

Sin embargo de la capitulación, apenas un año la cumplió en todos sus artículos el gobierno español, pues solo ese tiempo estuvo Santa-Anna de gobernador de la isla.

Cinco años después, había triunfado ya la revolución que dió libertad á México y sin embargo, los héroes de Mexcala permanecieron en el olvido y sin recibir recompensa alguna por sus eminentes servicios. Al padre Castellanos se le dejó de cura en Ajijic, en donde murió algunos años más tarde, refiriendo el Conde Beltrami que habiéndole visitado en 1824 en aquel pueblo, le aseguró que cuando terminó sus campañas tenía setenta y cinco años de edad, á pesar de lo cual no se habían adormecido

sus sentimientos, según el discurso siguiente que cita de su boca, digno de Eplaminondas: "Todavía me siento con bastante vigor para batirme de nuevo, si alguna vez los europeos volviesen á asaltar nuestro país y á atacar nuestros derechos. He llevado una vida de tribulación y espero que Dios me prepare reposo en la eternidad, porque la tarea que me impuse fué honrar y defender la mas bella obra de su mano, la que se dignó hacer á su imágen y semejanza y á la cual unos ambiciosos habían venido á destruir y á tiranizar como á brutos. Vos habeis visto que en Europa, durante tres siglos han presenciado con ojos serenos y corazón frio los horrores cometidos en América contra la humanidad, tan cruelmente sacrificada á la política y á la avaricia. Ha sido necesario que nosotros mismos nos portásemos enérgicos contra esa opresión terrible y asi es como hemos despertado del envilecimiento. Yo les predicaré á mis compatriotas hasta agotar el último aliento de mi vida para que velen como lince por la independencia de la patria, y para que combatan como leones á fin de asegurarla. Si hubiéramos sabido reunir mejor nuestros esfuerzos y nuestros corazones, habríamos hecho la independencia desde mucho tiempo hace! Embrutecidos como estábamos, hemos tenido muchas pasiones anárquicas que vencer; pero con el tiempo nos ilustrarémos, por lo que espero morir con el consuelo de ver que tales

pasiones desaparecerán sensiblemente y que mi patria avanzará con gloria en la vía de su regeneración."

El denodado y valeroso Santa Anna vivió en la pobreza y olvidado, lleno de cicatrices y recuerdos gloriosos hasta el año de 1852, sin otro galardón que la satisfacción de haber cooperado eficazmente á la emancipación de su patria.

Fué tal el olvido en que el gobierno federal de México, dejó á los defensores de su independencia, que el Gobernador del Estado de Michoacán en 1833 pidió al de Jalisco que atendiera á aquellos patriotas que se hallaban en la más completa indigencia, haciendo con tal motivo las siguientes justas y competentes apreciaciones:

"Excelentísimo señor.—Como desde el año de 13 hasta el de 17 tuve el honor de mantener el fuego de la revolución de la independencia por el Sur de ese Estado fungiendo de comandante general de aquel rumbo, en que se comprendía la memorable Isla de Mexcala, soy testigo ocular de los grandes é importantes servicios que prestaron á la causa de la libertad, los indígenas de los pueblos de San Pedro Ixican, Santa Cruz, Ponsitlán, Santa María, San Sebastian y San Miguel, que se reunieron en dicha Isla y donde como en ninguna parte de la República, repitieron ejemplos de valor y heroicidad.

Hechos tan recomendables por su propia naturaleza, los he considerado siempre como dignos de los mayores premios.....”

La memoria de los caudillos de la independencia en Jalisco, se ha perpetuado con más ó ménos justicia: á la villa de Zacoalco se le llama *Zacoalco de Torres*, por el héroe de aquel nombre y Ahualulco de Mercado se denomina la población en donde se rebeló el benemérito cura D. José María Mercado; pero los modestos nombres de Castellanos, de Santa Anna y de Rosas vivirán siempre en la memoria de los que aprecien debidamente las virtudes cívicas, aunque sean víctimas de la oscuridad y del olvido. Esos nombres son el timbre glorioso de los pueblos del Chapala y de la raza indígena que al producir tales hombres, es merecedora de la estimación y el respeto. Su indisputable mérito y relevantes servicios al país, bastan por sí solos para realzar á esos héroes, por lo que día vendrá en que conociendo debidamente su patriotismo, valor y sacrificios, las generaciones futuras les den en nuestra historia el lugar que de toda justicia les pertenece.

Los hechos referidos, que demuestran una abnegación y constancia de que solo son capaces las almas nobles, son dignos de un poema, y se conocen en la historia patria con el nombre de “*Guerra de Mexcala.*”

## D. PEDRO MORENO.

---

“Aquel bizarro insurgente  
Que fué gloria del Sombrero,  
El compañero de Mina,  
El que brilló en los Remedios,  
El asombro de Jalisco,  
La joya de los lagüeños

La guerra de las montañas puede decirse que es la última manifestación de la defensa del derecho y de la justicia en todas las naciones; porque cuando el espíritu perseguidor se desata contra sus defensores, cuando hay necesidad de confiar el triunfo á algo inesperado, como el despertar de un pueblo, solo en las altas cumbres de los montes se encuentra el más seguro refugio.

Después de los desastres y de las decepciones, el espíritu de libertad se remonta en busca de un asilo y de una esperanza, y las montañas le ofrecen uno y otra; porque mientras sus riscos y sus barrancas le prestan apoyo, sus habitantes la defienden, pues parece que más se ama la libertad donde más se la comprende, y es donde Dios se muestra más grande en sus obras, donde más se aprecian sus dones.